

al Arno, vimos una plaza pequeña semejando una «city» insignificante. Había mercaderes de Livorno y de Luca, campesinos de los alrededores y algún bolsista. Era día de mercado y habían ido a comerciar.

Fabricio Grani me dijo:

—No haga caso a esas gentes; quieren hacer progresar a Pisa y comercian frente al Arno, el río noble enemigo del comercio. Tampoco se detenga en las particularidades de la ciudad, ni se fije mucho en el «Lung' Arno Regio». Le hará recordar a Florencia con desdén para Pisa, porque esta ciudad es su hermana pobre.

Cruzamos el puente y pasando por la Universidad nos internamos en las calles tranquilas y olvidadas. El aliento del prado nos llegaba como una invitación al reposo. Al rato, la *Piazza dei Cavalieri* nos mostró la «Torre della Fame» donde el conde Ugolino della Gherardesca oyera la trágica imploración:

«...Padre, assai ci fia men doglia,
Se tu mangi di noi: tu ne vestisti
queste misere carni, e tu le spoglia.»

Un reloj sonó las horas lentamente, una ventana se abrió de pronto y una vieja casi ciega puso atención en el número de campanadas. A ambos lados de las callejuelas se alzaban los edificios casi ruinosos, ennegrecidos por el tiempo y floridos por la humedad. Ni se oía una voz ni los pasos de un transeunte. De pronto, al fondo de una calle, se asoma la maravilla: la torre pendiente muestra sus arcos superiores y, por su inclinación, oculta la base.

Ya estábamos en el prado de las cuatro bellezas. Solas, apartadas de la ciudad, evitando casi las miradas profanas, parecen formar el salón de un museo estupendo. Pisa vale por ellas en el mundo y en las almas; ellas son su tesoro y su gloria.

Las contemplamos largamente. A un lado, muy cerca del camposanto, las murallas evocan al viajero de nuestro siglo las luchas que mantuviera la ciudad con Florencia, dominadora y

apasionada. A ratos parece que en ese ambiente de silencio los muros quisieran revelar algún secreto, algún ignorado detalle de la contienda de güelfos y gibelinos. ¡Quién puede conocer el misterio de estos rincones!

Fabricio Grani me condujo al Cementerio Santo. Sobre un rectángulo de tierra traída de Palestina, en cuyo centro florece un jardín abandonado, se alzan las cuatro galerías que han hecho célebres los frescos de Pietro d'Orvieto, de Spinello d'Arezzo, de Pietro Lorenzetti y el famoso *Triunfo de la Muerte* de Orcagna. Apenas entrados buscamos el sarcófago que revelara a Nicolás Pisano el estilo griego clásico. Es él la semilla de la gran floración, la luz venida de Grecia anunciadora del renacimiento. Voluptuosamente palpamos los relieves del mármol semidestruído y sospechamos la fruición que probaría el artífice cuando por primera vez tocó con sus manos mortales esa gracia divina. El mismo Vasari que renegaba del estilo griego *goffo e sproporzionato*, dice de este bajo relieve que está trabajado *con bellissima maniera*. Acaso el célebre historiador haya exagerado un tanto la expresión de su juicio, ya que del estilo griego puro existen obras mejores, pero si atendemos a que en aquella época era más conocido el estilo bizantino, se comprenderá por qué Vasari juzgó bellísimo el sarcófago de la caza de Meleagro.

Paseamos en silencio por el antiguo cementerio. Los muros muestran las curiosas composiciones de los artistas primitivos, cuya fuerte concepción de la obra fracasaba por la escasa virtuosidad de la técnica. Así, el «Triunfo de la Muerte» que por las manos del Ticiano hubiera alcanzado perfección divina es, a pesar de su trágica grandiosidad, algo grotesco y pueril. Al lado podéis ver el *Juicio final* y en él la figura de Cristo, juzgador de los hombres, en ademán que Miguel Ángel imitaría.

Fabricio Grani me recordó a Ruskin. El gran esteta había pasado largos días en la admiración del Campo-